

nacional; dió en la Enciclopedia espíritu y pensamiento á la revolucion; dió con la guerra á los jesuitas el golpe de muerte á la antigua autoridad. Y cuando la revolucion que habia sostenido y alentado, se volvió contra sus tronos, la casa de Borbon se vistió el sayal de penitente, y ella, que habia sido en la persona de Enrique IV protestante, y en la persona del Regente, de Luis XV, de Carlos III, sin quererlo, y sin saberlo, revolucionaria, enciclopedista, fué en la persona de sus últimos vástagos, los más débiles y los más oscuros, neo-católica, reaccionaria, jesuitica, cortesana del Papa.

Las advertencias no le faltaron. La historia de los reyes destronados pasó á sus ojos sin ninguna interrupcion en nuestra prensa. Y en cada una de esas catástrofes notábase una secreta y misteriosa analogía con la catástrofe que entre nosotros venia á más andar sobre la frente de la dinastía. Estas grandes tragedias se abrieron en la Historia con la desgracia de la casa de Estuardo.

Cuando Carlos I subió al trono, la revolucion existia ya en potencia para usar de una fórmula escolástica, su imágen habia cruzado seguramente más de una vez por el alma del pueblo y debia ser acariciada constantemente por los atrevidos y los patriotas.

¡Cuán lejos estaba, sin embargo, á su exaltacion de ser una realidad temible! Al morir Jacobo I, no desaparecia más que una persona: pero el pueblo bueno y humano, como todo pueblo de la tierra, podia creer que espiraba con él la tiranía. Y lo creyó. Todavía ignoraba que aquella perseverancia fanática en despojarle de todo derecho, no debia proceder tanto de la condicion personal de un príncipe, como del génio familiar de una dinastía; ni habia reflexionado sin duda, que el suplicio de aquella hermosa María, víctima de las intrigas jesuitas, habia hecho tradicionalmente incompatibles á los Estuardos con todo pueblo liberal y protestante. Por otra parte, Carlos I debia seducirle por su ju-

ventud y su afabilidad, y hasta los antiguos infortunios de la familia real, debian contribuir á que se mirase con respetuosa simpatía al último vástago de ella por un pueblo que no habia dejado de ser en alto grado caballeresco. Pero Carlos I que naciera príncipe constitucional y jurára serlo, no aspiraba sino á morir rey absoluto. La memoria de su ascendiente María Estuardo, sacrificada á la seguridad del protestantismo, le convertia en oculto enemigo de la reforma, de la reforma que en Inglaterra era á la sazón la libertad; tentábale el ejemplo de Francia, donde á su misma vista estirpaba Richelieu con el hierro y el fuego, las últimas reliquias de la libertad; y los jesuitas, la supersticion y la ruina á la vez de su familia, los jesuitas vencidos y expulsados con el aplauso del país, se habian vengado de su suerte, uniendo al rey con Enriqueta de Borbon, princesa ignorante y fanática, que se creia ajada en su fé y en su dignidad, si los representantes del pueblo reclamaban contra sus gastos y sus devociones, y creia contribuir á su salvacion y á la de sus hijos, si precipitaba al rey con sugerencias tan tenaces como temerarias contra los hombres y las ideas de la libertad.

Si Carlos I hubiera sido más valeroso ó más inteligente, la libertad habria perecido desde el primer instante. Pero no encontrando en su alma recursos bastantes para ejecutar los funestos designios que Enriqueta diariamente le sugeria, entregóse á un favorito todavía más débil é inepto que él. Strafford, no habia aparecido todavía, y el ministro fué entretanto Buckingham. En vano reclamaban los Parlamentos contra su administracion inmoral y violenta: en vano le señalaba la opinion como dilapidador imbécil y cruel. Los Parlamentos eran disueltos; la opinion, tenaz, sistemáticamente contrariada; y un puñal hubo de venir á reclamar en forma deplorable la responsabilidad que el rey obcecado se empeñaba en sustraer á la justicia ordinaria. La arbitrariedad no murió tampoco con él.

Antes bien, la desaparicion de Buckingham permitió el acceso de Strafford; y el rey, que mientras se apoyaba en el primero solo se habia atrevido á falsear un sistema que no tenia el valor de destruir, no bien sintió sobre él la inspiracion de esta alma corrompida y temeraria, se atrevió ya á todo.

El tercer Parlamento acababa de desaparecer. Si Strafford hubiese poseido la habilidad política que otros ministros de la tiranía han tenido posteriormente para fabricar un Parlamento de donde la oposicion hubiese de alejarse por una necesidad de decoro, lo habria intentado. Carlos I, era bastante débil y bastante pérfido para complacerse en la desaparicion de la libertad sin necesidad de comprometerse en los riesgos de una reaccion. Pero Strafford tenia más audacia que astucia, y en la imposibilidad de comprender su política, prescindió de él. Once años atravesó Inglaterra huérfana de toda garantía. El rey, emancipado al fin de la oposicion parlamentaria, se entregó á todo linaje de excesos. Las garantías individuales fueron violadas; los impuestos exigidos sin que el Parlamento los hubiese autorizado; la ley marcial sustituyó á las franquicias otorgadas, á la Carta magna. Mientras los favoritos se enriquecian, mientras saqueaba Strafford la Irlanda, mientras se entregaba la córte al lujo y la disipacion, el arzobispo Land establecia el reinado de la teocracia.

Pero Inglaterra se habia apasionado de la libertad, y la merecia. Un dia agobiado el rey por dificultades económicas, vencido por la resistencia implacable que los patriotas, todos los buenos ingleses oponian á la exaccion de impuestos no votados por el Parlamento, se decidió á recurrir de nuevo á su consejo y á su voto. Pero el Parlamento no estaba ya de humor de ceñirse á la votacion de los impuestos. No en vano habian pasado once años. Dotado de una inteligencia política bien superior á las de otras Asambleas que en situacion parecida no supieron decidir y acabar

con sus adversarios, el *largo Parlamento* quiso probar cuál era el grado de sinceridad, cuál la verdadera resolucion del rey. En vez de conceder nuevos subsidios, acusó, procesó y castigó duramente á los ministros, y exigió la sancion de un *bill de derechos*. Bien pronto se demostró que al recurrir con aparente arrepentimiento á las instituciones de la libertad en un dia de conflicto, el rey solo trataba de esplotarlas, incurriendo en un nuevo perjurio. Para entrar en el camino de las concesiones, era tarde. Una concesion falsa é intempestiva ha sido siempre mil veces más funesta que una resistencia obstinada.

Algun tiempo despues, Carlos I moria en un cadalso.

Monótona es en verdad la historia humana. Parece que un solo personaje la llena siempre y que sus leyes se cumplen con la misma rígida fatalidad de la naturaleza. Perdia á los primeros Estuardos de Inglaterra, lo mismo que perdia á los últimos Borbones de España: el completo desconocimiento de su pueblo y de su tiempo. Perdia á los Estuardos el poner la fé católica sobre el protestantismo, en que se animaba el espíritu de aquella edad; y perdia á los Borbones el poner sobre toda institucion y toda libertad el influjo teocrático, opuesto al pensamiento de nuestras generaciones. La reina Enriqueta de Francia, educada en la supersticion, movia á su esposo á que combatiese con el espíritu del siglo; y el mismo funesto influjo ejercian sobre la reina Isabel deudos tan próximos como el rey y el infante D. Sebastian. Un confesor petrificado en los altares cegaba la conciencia de Carlos I, y otro confesor, ajeno á todo el movimiento de su tiempo, á todo el curso de las ideas, piadoso si se quiere, pero inepto, cegaba la conciencia de Doña Isabel II. El desgraciado rey de Inglaterra, y la desgraciada reina de España, quisieron detenerse en la pendiente, y con sus concesiones tardías

solamente lograron avivar el impulso de la enemiga revolucion y la celeridad de la propia caída. El rey Carlos recordaba su ilustre antecesora, la reina María, presa en Inglaterra, reducida á devorar toda suerte de insultos, enterrada viva en sombrío castillo, sacada de allí, cuando el trono inglés le pertenecía, para subir al cadalso, y doblar la rodilla y la cerviz ante el verdugo que hizo rodar de un hazo impío sobre las tablas su cabeza. E Isabel II recordaba de continuo su ilustre pariente el infeliz Luis XVI, arrancado por fuerza de Versalles, conducido entre apiñadas muchedumbres á París, encerrado en las Tullerías para ceñirle sobre la régia corona el gorrio frigio, obligado á vergonzosa fuga, preso por la vigilancia de sus vasallos, conducido entre nubes de polvo é imprecaciones de cólera desde la frontera á la capital, llevando á su lado en aquella larga calle de amargura sus mayores enemigos; desacatado en su palacio por las muchedumbres que todos los dias lo profanaban; perseguido, acosado por las balas de la revolucion armada en la noche del 10 de Agosto, al punto de tener que refugiarse en la Asamblea y oír á sus verdugos y someterse á ellos y resignarse á la prision del Temple, y salir para presenciar su juicio; y desde la Asamblea á la capilla, y desde la capilla al cadalso, y desde el cadalso al cielo, devorar todas las amarguras en la tragedia más terrible y más cruenta que han visto los siglos. Si la reina Isabel mostrara el fondo de su pensamiento, veríase que tenia de los liberales de Europa la misma idea que Carlos I de los parlamentarios de Inglaterra. Y estas ideas no se curan jamás; como que están perfectamente connaturalizadas con el espíritu y el carácter y el pensamiento y la vida de un rey, que suele ser tan extraño á su siglo como el fósil encerrado por millares de siglos en los terrenos antiquísimos, es ajeno y extraño á la vida presente. Igual ceguera perdió á la reina Isabel II y al rey Carlos I. Pero lo que prueba cuán poco aprenden los

reyes en el infortunio, es la historia de Carlos II y Jacobo II de Estuardo.

Carlos II y Jacobo II, eran hijos del infortunado Carlos I, y sin embargo, olvidaron en el trono lo que pudieron aprender en la orfandad y en el destierro, los más severos mentores de la vida humana. El trágico recuerdo de su padre decapitado se amortiguó ó se extinguió al arrullo de las lisonjas cortesanas.

Jóvenes aun, casi niños; ambos habian pasado desde los régios esplendores al destierro, á la penuria, á los peligros. Ambos pudieron aprender, á precio de una amarga experiencia, cuánta bajeza, cuánta perfidia, cuánta ingratitud se ocultan entre las falaces sonrisas palaciegas. Ambos, por el contrario, hallaron en las cabañas más humildes la verdadera nobleza del alma. ¿Quién podia esperar que, educados en tal escuela, no llegaran á ser buenos monarcas, cuando no carecian de cierto talento ni de cualidades apreciables? Y sin embargo ¿cómo vivieron? ¿cómo reinaron? ¿cómo murieron? Carlos II, frívolo y excéptico, incapaz de abnegacion y de energía, indiferente al honor y á la vergüenza, vivió entregado á la disipacion, y murió en brazos de las cortesanas.

Y Jacobo II, fanático, supersticioso, inconstante en sus afectos, irresoluto en sus determinaciones, cruel hasta la ferocidad, ni supo seguir en el interior una política conciliadora, ni en el exterior una política vigorosa; y de restriccion en restriccion, y de resistencia en resistencia, se hizo odioso á su pueblo, fué el juguete de la Francia, exasperó á los whigs, perdió las simpatías de los thorys, decapitó al duque de Monmouth, ensangrentó y deshonró su victoria de Sedgemoor con horribles ejecuciones militares, persiguió cruelmente á los disidentes protestantes, disolvió el Parlamento de Escocia, se sujetó á los jesuitas, se dejó dominar por las camarillas palaciegas, exigió tributos no votados por las Cámaras, atentó á

la independencia de las Universidades, y de torpeza en torpeza, y de locura en locura, un dia oyó con espanto llegar á Lóndres el rumor de las olas revolucionarias que venian de Holanda.

Aquel rumor le dió miedo. Comprendió su aislamiento, y buscó auxilio para sostener su corona manchada de sangre, y su centro mojado en agua bendita. Pidió auxilio al pueblo, y el pueblo permaneció indiferente y mudo. Pidió auxilio á la aristocracia, y la aristocracia le recordó la muerte del duque de Monmouth. Pidió auxilio á las ilustraciones del país, y las Universidades le recordaron sus persecuciones, sus privilegios hollados, su independencia escarnecida. Volvió los ojos á la clase media, y la clase media se encogió de hombros. Volvió los ojos al ejército, á aquel ejército, único poder que no habia lastimado, y el ejército manifestó su descontento. El dia de la expiacion se acercaba. La obra de sus desaciertos iba á desplomarse. Llegado el momento del peligro, quiso en un solo dia borrar las manchas de su vida entera. Quiso reconciliarse con sus súbditos, prometió concesiones.... ¡Era ya tarde! Guillermo de Orange habia desembarcado en Torbay, cundia la agitacion por todo el reino, y la desercion en todo el ejército. Hasta un individuo de su familia, el príncipe Jorge, le abandonaba, presintiendo la proximidad de la catástrofe. Jacobo estaba solo, solo con su fiel Milicia irlandesa, especie de guardia pretoriana, que habia mandado venir apresuradamente desde que pudo dudar de la fidelidad del ejército.

El triunfo de la insurreccion fué casi instantáneo. Todo el país se levantaba en masa. Las tropas que habian permanecido fieles se retiraban á Salisbury. Guillermo avanzaba rápidamente hácia Lóndres. Ya no quedaba ninguna esperanza. Era preciso huir. Jacobo arregló con el mayor sigilo los preparativos para su huida. Al propio tiempo convocaba á los lores que le eran adictos: les exhortaba á

cumplir su deber (él que nunca habia cumplido el suyo!); les confesaba que habia juzgado necesario enviar fuera del país á su esposa é hijos, pero asegurándoles que él permanecía en su puesto. ¡Farsa innoble! ¡Caída ignominiosa! En los mismos instantes en que arengaba á los lores con palabras indignas de un hombre y de un rey, tomaba la resolucion de partirse al amanecer. ¡Así terminó la dinastía de los Estuardos! ¡Tal fué la caída de Jacobo II!

La revolucion inglesa de 1688 difiere notablemente de las revoluciones que en diversas épocas se han verificado en el continente. Aquí han sido ménos durables y más incompletas, porque para edificar ha sido menester destruir; y en estas alternativas de destruccion y de creacion, los poderes reaccionarios han prevalecido. En Inglaterra, por el contrario, los acontecimientos de 1688 cierran el período de las revoluciones. Ellos no constituyen en su fondo sino una revolucion conservadora. El pueblo inglés no derribó la dinastía de los Estuardos para realizar en sí una trasformacion radical, ó para conquistar un principio nuevo, ó un nuevo derecho. Todo esto ya lo tenia adquirido desde los tiempos de la gran Carta.

La revolucion de 1688 fué estrictamente defensiva, y buscó su fuerza en la legitimidad y en la tradicion. No fué por lo tanto necesaria una nueva Constitucion. Bastó modificar la existente asimilándola á las necesidades de los nuevos tiempos. La mala administracion de los Estuardos, y los desórdenes que habia ocasionado, probaron la urgencia de despojar á las leyes fundamentales de todo concepto ambíguo, y borrar del espíritu de gobernantes y gobernados la falsa y perniciosa nocion de que la prerogativa real era algo más alta que aquellas leyes fundamentales. Corregido esto, que se consiguió sin hondas perturbaciones, todo entró en su cauce natural. Y hé aquí, por qué la revolucion de 1688, sin ser tan violenta como otras, ha dado re-

sultados tan positivos, y dejado huellas tan profundas.

Indudablemente en pueblo tan apasionado de la legalidad como el pueblo inglés no hubiera revolucion si la familia real no la provocara, como en pueblo tan monárquico cual la nación española no reinará nunca la República si la monarquía no llega á morir de interior descomposicion. La casa de Estuardo, los últimos representantes de la casa de Estuardo, entodo se parecen á la casa de Borbon, á los últimos representantes de la casa de Borbon. Cuando sus pueblos los rechazaban debia quedarles el refugio último del corazon y de la conciencia, el santuario de la familia. Y sin embargo, la familia tambien se vuelve contra ellos, como si en los palacios no pudiera oirse la voz de la sangre, la voz de la naturaleza. El primer sublevado contra Jacobo II es su yerno, Guillermo de Orange. La hija misma que debia piedad filial, esa piedad tan frecuente en las calumniadas muchedumbres, la mujer de Guillermo, va á la iglesia y pide de rodillas á Dios en el templo que bendiga las naves y los ejércitos enviados contra Jacobo, contra el rey su padre. En este dolor consuélase el último de los Estuardos llamando al corazon de su hija menor, ó sea de la princesa Ana, casada con el príncipe Jorge de Dinamarca. Y el príncipe corre á afiliarse bajo las banderas rebeldes, y le sigue la princesa diciendo que, puesta en la dura alternativa de optar entre su padre y su marido, las leyes de Dios y las leyes de la naturaleza le mandan seguir á su marido. Y Jacobo II no encuentra arrimo, no encuentra consuelo, ni siquiera en el corazon de sus hijas. Los reyes que se creen jefes de la sociedad no son ni jefes de su familia.

Y lo mismo que á Jacobo II de Inglaterra sucede á Isabel II de España. Tambien la reina Isabel tiene parientes, y tambien halla en sus parientes la empedernida crueldad que el rey Jacobo. Su hermana, aquella niña angelical, que compartia en la cuna la gloria

y la popularidad de Doña Isabel II; que recibia hospitalidad en Sevilla y estaba allí rodeada de una corte tan brillante como la corte de Madrid; que ve á sus hijos honrados con todos los títulos y todas las distinciones de los hijos de reyes, acaricia á los enemigos de la dinastía, atiza la cólera universal, ampara en sus palacios la oposicion, reparte dádivas entre los conjurados y contribuye á la ruina del trono, en cuyas gradas naciera y á cuya sombra se albergara como á la sombra del propio hogar.

Y aun hay otra analogía. Tiene un hijo Isabel II como tiene Jacobo II un hijo, príncipe de Gales éste, aquel príncipe de Asturias, herederos cada cual respectivamente de un trono. Y la general murmuracion se ceba en la legitimidad de estos hijos. Y esas murmuraciones sirven de pábulo en Inglaterra á las hábiles maniobras de Guillermo de Orange y en España á las desdichadas maniobras del duque de Montpensier.

Y aun hay más analogías. La familia real inglesa huye desde su capital á las orillas del mar como la familia real española. En noche oscura la Reina de Inglaterra disfrazada de dama italiana, seguida de algunos servidores, con su hijo en brazos, su hijo que llora cual si presintiera la irreparable pérdida de sus derechos, moja la hasta los huesos por la copiosa lluvia que cae, perdida y extraviada por las fangosas riberas del Támesis, en peligro de ser conocida de los transeuntes, pasando el rio en barca descubierta, errante algun tiempo á causa de no encontrar el coche que estaba preparado, huye de su palacio y de su trono para morir en el destierro. Y Jacobo, incierto entre su temor y su deber; rey católico de un pueblo protestante; padre infeliz de hijas desnaturalizadas, como las que pintó el gran trágico inglés en su epopeya dramática del rey Lear; dudando entre conservar la corona y perder el alma ó perder la corona y salvar el alma; rodeado por todas partes de traidores como todos los poderes en sus pos-

trimerías; va á las costas y vuelve á su palacio; torna á irse y quiere tornar á volver; pero al cabo, azotado por los vientos, y combatido por las olas, deja su palacio, y va á Francia á encerrarse en San German, donde estuviera antes toda su familia para fundar allí una nueva dinastía de desterrados, que comoverán con sus pretensiones á Europa; que pasarán como sombras y apariciones sobre el trono de Inglaterra; y que no podrán salir jamás de su duro infortunio, como no pueden salir los condenados del infierno católico.

Hay analogías entre la fuga del último Estuardo y la fuga del último Borbon. La noticia de la insurreccion cae á los piés de la Reina Isabel como un rayo. Se halla á orillas del sublime Océano, tan tormentoso como la revolucion. A un cortesano que le pregunta si cree posible el triunfo de la insurreccion, le responde enseñándole sus salones desiertos. A un diputado vizcaino le pregunta si podrá contar con la fidelidad de las provincias vascas, con la fidelidad de aquellas provincias que habian combatido siete años su trono. Apercíbese á partir para Madrid, y cuando ya humea y silba la locomotora y ya se mueve el tren, recibe contra-órdenes y va á encerrarse en su palacio sin contar siquiera con la fidelidad de la guarnicion de San Sebastian. Por fin, rodeada de algunos alabarderos, seguida de su esposo y de sus hijos, custodiada de las tropas que guardan la frontera y tocan los acordes de la marcha real, huye de su patria, entra en Francia, recibe los homenajes de un monarca que le da asilo, y va á refugiarse en el palacio del fundador de su dinastía, en el palacio de Enrique IV, devorando como otros tantos reyes las amarguras del destronamiento y del destierro.

Podia creerse que los Estuardos se habian perdido por su fé, y por su fé los Borbones. Y si recorreis la larga legion de reyes destronados observareis que nada les salva. Dicen muchos que Estuardos y Borbones se perdieron por timidez y se hubieran

salvado apelando á la crueldad. Los reyes crueles tambien se desploman. Y si no, mirad la dinastía de Nápoles, miradla y comprendereis que igual resultado dará la fuerza y la debilidad.

La denuncia de un enemigo bastaba allí, en los tiempos de Fernando y Carolina, para que á un hombre se le encarcelara; bastaban las presunciones para que se le condenara. El martirio ha inmortalizado los nombres de tantas víctimas ilustres, juntamente con el del juez instructor, Vicente Speciale, que insultaba á los reos y á sus parientes, arrancaba por ardid las confesiones, y hasta alteraba las piezas del procedimiento. Viéronse allí altos ejemplos de heroismo, de ese heroismo que solo puede infundir el sacro fuego de la libertad.

Pascual Baffa, gran erudito, rehusó el ópio, creyendo que el suicidio no es lícito, ni aun en los casos extremos. ¡Estaba ya condenado, y el inicuo Speciale aseguraba á su esposa que solo seria castigado con el destierro! Velasco, por el contrario, le respondia fieramente cuando le amenazaba con llevarle al suplicio: *Tú, no*, y se arrojaba por el balcon. Preguntado Cirillo, qué era bajo el reinado de Fernando, le contestaba: *¡Médico!*—¿Y en la República?—*Representante del pueblo.*—¿Y ahora?—*Ahora yo soy un héroe comparado contigo.* Y rehusó pedir perdon al rey y á Nelson, á quienes habia curado. Vitaliani continuó tocando la guitarra al oír su sentencia y dijo al verdugo al subir al cadalso: *Té recomiendo á mis compañeros: son hombres, y tú tambien: algun dia podrás ser desgraciado.*

Trescientas personas distinguidas perecieron sobre el cadalso; nobles, literatos, militares, dos obispos, dos bellísimas jóvenes de veinte y de diez y seis años, entre ellas la San Felice. Otros muchos fueron sepultados en los fosos de la Favignana. Con penas menores fueron castigados infinidad de republicanos. Dióse orden para que cesaran los toques de agonía por los ajusticiados, porque